

Llegar a Matsuyama



Pedro Martín González

Dedicado al sensei Javier Selva, enamorado de la cultura de Okinawa, budoka, amigo y colaborador de Shibumi.

La tarde estaba más que avanzada.

Corría una brisa ligera cuando llegué, exhausto, a las puertas de aquel viejo albergue.

Demasiados años esperando:

“¡No hay tiempo que perder!”

-Pensé con vehemencia.

Dejé la mochila en el suelo y, tras un vistazo fugaz a la vieja litera, me dispuse a marchar.

Libreta de apuntes y cámara en mano. Suficiente equipaje.

“¡Como Machado!”

Salí a toda prisa.

Tomé la primera calle a la izquierda y anduve, raudo, hasta las oficinas del puerto de Tomari.

¿Aún entre los vivos: Kyan, Funakoshi, Motobu, Naganime?

Desde allí, a la izquierda, enfilé la avenida que desemboca en Naminoue, muy próximo ya al puerto de Naha.

“¡Cuántos barcos hacia Fukien desde las 36 familias!”

Apresurando mis pasos, encaré los últimos dos mil metros.

¡Tan cerca, tan lejos! ¡La felicidad vive en la sala de espera!

El corazón en un puño. La respiración entrecortada, rota.

¿*Ibuki, nogare?*

Sólo unas viejas leyendas, amontonadas en la memoria, detenían, fugazmente, mis pensamientos, pero no así mis pasos que, transcurridos unos minutos, se habían convertido en zancadas.

Sí, como cuando vamos en busca del amor, y no hay nada, ni nadie, capaz de sostener ese que es el impulso más grande, y entonces ya no nos está permitido el andar: nos impone la vida la obligada carrera.

Después, la comisaría de policía.

¿Permanecerán aún allí: Higa, Miyazato, Naganime?

Giré una vez más a la izquierda, aumentando la velocidad.

¡Aquello no era ya una simple carrera, sino un *sprint* desenfrenado!

Al cruce se abrieron las puertas del parque Fukushima.

Prometí volver a pasear en medio de la cultura china. ¡Juré!

Pero habría de esperar: ¡Sería algo más tarde!

Kume: ¡Por fin!

Me había preparado, sabía que todos ellos llegarían en tropel.

¡Así lo hicieron!

Primero atisé a los *sappoushi*, a quienes esquivé como pude.

Después: Higashiona, Miyagi, Gogenki, Kyoda, Mabuni y otros.

Acepté la embestida. ¡Me había preparado concienzudamente para el combate!

En efecto, tropecé con el espíritu de Higashiona, deambulando, feliz, en el recinto del templo.

Más adelante, firme e impasible, apareció Miyagi, de camino al *keikô* diario en la *Escuela de Comercio* de Naha.

Cien metros abajo, Gogenki practicaba sus incontables *hakutsuru*.

Muy próximo, casi desapercibido, Yagi miraba de soslayo desde su Meibukan.

¡Tantas preguntas! ¡A la vuelta a por ellos, sin tregua!

Respetuosamente mostré mis saludos, no obstante, persistí en el empeño y miré hacia adelante.

¡Siempre avanzando!

Debía de estar cerca, muy cerca, pero aún permanecía en la incertidumbre. No nací previsor: ¡Carecía de un buen mapa!

Confiaba -eso sí- en el instinto, una premonición, la intuición cierta de estar en lo cierto. ¡Con ello bastaba!

¿Con ello bastaba?

De vuelta al camino reanudé mi periplo, eligiendo entonces la dirección norte, pues ya, a lo lejos, asomaban las copas de los árboles altos y, bajo ellos, las altas esquinas de los monolitos casi sagrados.

Rozaba los límites de mi aguante, pero ya nada importaba. Tendría tiempo para el descanso. A punto estaba de entrar en el túnel del tiempo que esconde la historia.

No era momento para minucias.

-Me convencí.

Finalmente, al borde ya del colapso, llegué.

Quieto, encerrado, misterioso y profundo, se abría Matsuyama.

A partir de aquel instante tendría todo el tiempo del mundo para imaginar siete siglos de estudio, práctica, intercambio y exploración del viejo *okinawa-te* en el seno de aquel parque mítico.